EL REVISIONISMO HISTORIOGRÁFICO, SOBRE EL PASADO RECIENTE EN ESPAÑA

Francisco Sevillano Calero

La atención mayor al oficio de historiador ha dado prevalencia, en los últimos años, a su papel social, sobre todo en relación con los usos de la historia, así como a su responsabilidad y el compromiso ético con su trabajo. En particular, pueden indagarse tales aspectos preguntándose acerca de cómo los historiadores han desenvuelto, en España, su función social en un sistema democrático, concretamente en la consideración del pasado reciente –el acontecido en la Segunda República, la guerra civil y la larga persistencia de la dictadura franquista–. Este es el caso de las disputas con motivo del revisionismo histórico.

1

La expresión «revisionismo histórico» se refiere a un fenómeno tan viejo como la instrumentalización ideológica del pasado. En este sentido, el revisionismo histórico es una línea de interpretación polémica del pasado respecto a la versión «oficial». Como consideración ideologizada constituida al margen de los centros universitarios y académicos, el revisionismo histórico se imbrica con el nacionalismo y el conservadurismo político, apreciando que sólo el conocimiento de la «historia verdadera» permite fundamentar una política nacional que favorezca los intereses de toda la nación.

Tal es el caso de la obra de Pío Moa, cuyas afirmaciones han sido difundidas ampliamente en los medios de comunicación[1]. En los prolegómenos de su libro

1. Precisamente, hay que mencionar la controversia que provocó la entrevista que el periodista Carlos Dávila le hiciera en el programa *El tercer grado*, emitido la noche de 19 de febrero de 2003 en La 2 de TVE. Luís Pío Moa Rodríguez reiteró, en esta entrevista, las principales afirmaciones sustentadas en su libro *Los mitos de la guerra civil*, publicado en Madrid, La Esfera de los Libros, en enero de 2003. Con anterioridad, este autor había publicado *Los orígenes de la guerra civil española* (1999, reed. En 2007), *Los personajes de la República vistos por ellos mismos* (2000) y *El derrumbe de la Segunda República y la guerra civil* (2001), libros editados en Madrid, Encuentro Ediciones. Por su parte, ciertas posiciones del mencionado periodista pueden verse expuestas en Durán, Isabel

Los mitos de la guerra civil, éste escribió que la obra no es una historia sistemática de los episodios de aquel conflicto, sino un examen crítico de los sucesos y personajes más destacados o "mitificados" por la historiografía o la propaganda»[2]. Pío Moa manifestaba intentar soslayar la pesada disputa en torno a las culpas, y procurar entender más bien el pasado «a través de las intenciones y valoraciones de sus protagonistas reales, de la lógica de sus actos, de sus objetivos y medios»[3]. Así, atiende a las formas de pensar, las apreciaciones de la realidad y las decisiones de los principales personajes del acontecer político de la República, pues en su opinión sus actitudes trazaron la marcha hacia la guerra[4]. Cada capítulo de la primera parte del libro aborda un personaje, caracterizado con un a modo de coletilla: Niceto Alcalá Zamora, «el conservador que trajo la república y precipitó la guerra»; Azaña, «la inteligencia jacobina y los gruesos batallones populares»; Largo Caballero, «o la revolución *proletaria*», y Prieto, «el amigo socialista de Azaña»; Companys, «levantar Cataluña»; García Oliver, «la gimnasia revolucionaria»; José Díaz, «la estrategia de Moscú»; José Antonio, «dialéctica de los puños y las pistolas»; Calvo Sotelo, «la democracia no frenará el comunismo»; José María Gil-Robles, «fue posible la paz»; Franco, «lo que ni usted ni yo queremos que pase».

A modo de resumen, Pío Moa quiso rebatir la idea de que la República llegó pacíficamente y con talante generoso, instaurando una democracia progresista y moderada, contra la que conspiró desde el primer momento la vieja oligarquía reaccionaria por temor a perder sus privilegios. En su opinión esta tesis ampliamente aceptada tiene un aire convincente pues se sustenta en hechos reales, si bien puntualizaba que «se trata de una colección de mixtificaciones o, si se quiere, "mitos"», escamoteándose algunos datos que prueban que los «conservadores, lejos de obstruir la instauración republicana, la facilitaron, y mantuvieron una moderación y legalismo mayoritarios, defendiendo la legalidad y la democracia frente a la insurrección armada izquierdista: los monárquicos y la Falange constituían grupos muy minoritarios, como probaron las elecciones de 1933, y luego las de 1936»[5]. La conclusión no es otra, según Pío Moa, que «en el alzamiento militar de julio del 36 no puede verse la culminación de una sorda subversión antirrepublicana desde el mismo nacimiento del régimen, sino una rebelón ante una situación juzgada insoportable no sólo por las derechas, sino también por políticos izquierdistas, empezando por Prieto»[6]. No hubo, añadía, peligro fascista real; pero del carácter revolucionario de las ideas y estrategias de las fuerzas principales no cabe duda alguna[7]. De este modo, Pío Moa invierte

y Dávila, Carlos, *La gran revancha: la deformada memoria histórica de Zapatero*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 2006.

2. Moa, Pío, *Los mitos*…, p. 13.
3. *Ibidem*, p. 22.
4. *Ibidem*, p. 31.
5. *Ibidem*, p. 188.
6. *Ibidem*, pp. 188-189.
7. *Ibidem*, p. 189.

maniqueamente las responsabilidades por el estallido de la guerra civil, señalando que, al objeto de su libro: «Baste con establecer, con muy pocas dudas, que fueron las izquierdas quienes, movidas por sus aspiraciones, rompieron las reglas del juego y empujaron al régimen a la guerra civil, que solían considerar empresa lamentable, pero necesaria para acceder al mundo nuevo y presuntamente luminoso; y que fueron los conservadores quienes, deseando evitar el choque, sostuvieron mayoritariamente un actitud moderada, próxima a veces a la cobardía, hasta que la amenaza se les hizo cuestión de vida o muerte»[8].

Ya el historiador César Vidal había denunciado la manipulación y la propaganda sobre la memoria de la historia reciente de España, señalando la necesidad de recordar la responsabilidad de los nacionalismos y las izquierdas en la ruptura de la convivencia pacífica[9]. Estos argumentos no sólo remozan las razones esgrimidas propagandísticamente en el momento del estallido de la guerra civil para justificar el «Alzamiento» y legitimar la violencia que se instauró en el «nuevo Estado». Hay que contemplar también que emergen del trasfondo de recientes enfoques revisionistas de los fascismos europeos, sobre todo tras la caída del comunismo en los países del Este; enfoques que se han solapado con las tesis del «negacionismo» del exterminio judío[10].

Así, y además del problema de las culpas en el estallido de la guerra civil, en segundo lugar hay que precisar que ciertas afirmaciones sobre la represión republicana aparecen concomitantes con los términos del «negacionismo» de la *Shoah* al reexaminarse los sucesos de Badajoz al ser ocupada la ciudad por las tropas «nacionales» y, sobre todo, el esgrimirse las matanzas de Paracuellos del Jarama y la realidad de las checas[11].

En tercer lugar, se ha vuelto a manejar la idea de que la «era de Franco» propició una democracia estable. Pío Moa escribió al respecto que: «No cabe conceptuar el franquismo como paréntesis oscuro y vacío entre la república y la democracia actual, pues ésta procede directamente de él, y su estabilidad descansa en la base social y económica creada por él, que facilita encauzar las tensiones sociales sin demasiados sobresaltos»; en contrate, añadía que: «Al revés de la republicana, la nueva Constitución ha nacido de un amplio consenso, el violento y turbio anticlericalismo de antaño ha casi desaparecido, y el clima político actual, salvo excepciones como la del terrorismo nacionalista vasco, está muy lejos de la crispación y el enfrentamiento, a menudo feroz, típicos de la república»[12].

8. *Ibidem*, p. 193.
9. «Memoria histórica», *El Mundo*, 20-XI-2002.
10. Vidal-Naquet, Pierre, *Los asesinos de la memoria*, México, Siglo Veintiuno editores, 1994 (ed. or. en francés de 1987).
11. Véanse, como ejemplo, los libros de César Vidal, *Checas de Madrid. Las cárceles republicanas al descubierto*, Barcelona, Belacqua/Carragio, 2003 y *Paracuellos-Katyn: un ensayo sobre el genocidio de la izquierda*, Madrid, Libroslibres, 2005. Confróntese con la dura crítica que del primer libro hiciera González Calleja, Eduardo, «De campos, cárceles y checas. Maneras de ver la represión durante la Guerra Civil y la posguerra», *Revista de libros*, n.º 87 (marzo 2004), pp. 6-8.
12. Moa, Pío, *Los mitos*…, p. 529.

La peculiaridad del régimen franquista es que, sin ser liberal ni democrático, desembocó en una democracia liberal, básicamente por su propio impulso como consecuencia de su carácter autoritario, pero no totalitario; una diferencia que resalta entre las dificultosas transiciones de los países socialistas y la de España, pues ésta resultó bastante sencilla[13]. Y Pío Moa concluía su libro con las siguientes afirmaciones: «Por lo demás, la rebelión del 36 no fue contra la república o lo que de democrático quedaba en ella, sino contra la revolución, aunque en su impulso arramblara con otras muchas cosas. En este sentido, la reforma del franquismo, en 1976, abría paso a una especie de segunda Restauración, pero en una situación, creada por aquel régimen, incomparablemente mejor que cualquiera de preguerra», añadiendo: «No me parece exagerado decir, como ya señalé en *De un tiempo y de un país*, que la victoria de Franco en la guerra civil salvó a España de una traumática experiencia revolucionaria, y que su régimen la libró de la guerra mundial, modernizó la sociedad y asentó las condiciones para una democracia estable. Con todos sus elementos negativos, y a pesar de la imagen nefasta cultivada por sus enemigos en estos últimos años, su balance final me parece muy positivo, e infundada la mayoría de las críticas a él que hoy circulan como verdades inconcusas»[14].

Con estos argumentos se trata de relativizar la responsabilidad de la derecha monárquica y radical, y de amplios sectores de la sociedad española, en el estallido de la guerra civil, así como de obviar la violencia innata y de excusar la anormalidad histórica de la dictadura franquista. Ello se produce mediante la «reideologización» del pasado por un discurso que dice revisar las pretendidas verdades del conocimiento histórico establecido. El revisionismo es un discurso «presentista» que simplemente invierte la cuestión de la culpabilidad colectiva, contraviniendo el propósito inicial declarado por el propio Pío Moa en los prolegómenos de su citado libro *Los mitos de la Guerra Civil*. El autor insiste en que el hecho de que la cosmovisión de la izquierda revolucionaria impele a la aniquilación del enemigo político y de clase provocó que la derecha hubiera de reaccionar ante tal amenaza[15].

2

La «desideologización» de la historiografía oficiosa sobre la guerra de España resultó de la exhaustiva crítica que comenzara, sobre todo, el hispanista norteamericano Herbert R. Southworth con su libro *El mito de la cruzada de Franco*, publicado en 1963[16]. Ahora, cuarenta años después, que unos pocos historiado-

13. *Ibidem*, p. 530.
14. *Ibidem*, p. 531.
15. Pío Moa ha insistido en sus argumentos en los libros *1934, comienza la guerra civil: el PSOE y la Ezquerra emprenden la contienda*, Barcelona, Áltera, 2004; *1936, el asalto final a la República*, Barcelona, Áltera, 2005; y *Franco: un balance histórico*, Barcelona, Planeta, 2005.
16. París, Ruedo Ibérico; reeditado en Barcelona, Plaza & Janés, 1986. Hay que citar, más recientemente, los trabajos de Alberto Reig Tapia, como es el caso de los libros *Franco «Caudillo»: mito y realidad*, Madrid, Tecnos, 1995 (parcialmente reeditado con el título *Franco: el césar superlativo*,

res hayan considerado que se puede y se debe discutir acerca de estos redivivos planteamientos supone apuntar, en primer lugar, su carácter revisionista, sometiendo a exhaustiva y fundamentada crítica sus principales argumentos[17].

Precisamente, los términos de la crítica al revisionismo fueron rechazados por Pío Moa, quien afirmó que oponerse a la revisión es hacerlo a la ciencia[18]. En su opinión, el término era aplicado con sentido denigratorio a quienes cuestionaban, en España, muchas supuestas verdades del «consenso» sobre la República y la guerra civil a que habían llegado historiadores y políticos, pero puntualizaba: «Ahora corren malos tiempos para ese consenso anticientífico, y los consensuados se llaman entre sí, a grandes voces, a cerrar filas contra el "revisionismo"»[19]; y rechazando la equiparación con el «revisionismo» del Holocausto, prohibido en Alemania, denunciaba que los enemigos del «revisionismo» español sólo perseguían imponer igual censura, cuando más bien: «En España hubo atrocidades y terror por parte de los dos bandos, no sólo de uno, como intentan dar a entender grupos como el de "Recuperación –envenenamiento, más propiamente– de la memoria histórica". Además, tal situación fue el desenlace de una intensísima presión revolucionaria que terminó por destruir la República». En conclusión, Pío Moa afirmó: «Todo esto es silenciado cuidadosamente por quienes acusan a otros de "revisionismo" –es decir, nos acusan de practicar la más elemental exigencia del método científico– y aspiran a adoctrinar a la población en general, y a los jóvenes en particular, en una versión cuya abundante falsedad sale a la luz a borbotones a la primera indagación crítica». Así, éste trata de invertir, en un discurso dicotómico, la jerarquía de significados de un término, «revisionismo», como también hace con el sentido de los acontecimientos de un hecho histórico, que no desrealiza, aun simplificando extraordinariamente; he aquí, la aparente objetividad, y el subsiguiente peso convincente para muchos lectores, de sus argumentos, no obstante estar fundamentados de manera sesgada documental y testimonialmente, y ser sus-

Madrid, Tecnos, 2005); *Memoria de la Guerra Civil. Los mitos de la tribu*, Madrid, Alianza Editorial, 1999; y *La cruzada de 1936: mito y memoria*, Madrid, Alianza Editorial, 2006.

17. Al respecto, fue Enrique Moradiellos quien iniciara la discusión en sucesivos comentarios: «Amarguras y maniqueísmos», *Revista de libros*, n.º 61 (enero 2002), pp. 14-15; «Las anteojeras del maniqueísmo histórico», *Revista de libros*, n.º 66 (junio 2002); «La Guerra Civil: los mitos de Pío Moa», *Revista de libros*, n.º 79-80 (julio-agosto 2003), p. 57. Poco antes, Enrique Moradiellos había escrito el amplio comentario «Las razones de una crítica histórica: Pío Moa y la intervención extranjera en la Guerra Civil española», publicado en la revista electrónica *El Catoblepas* (n.º 15, mayo 2003), en respuesta al artículo «Pío Moa, sus censores y la Historia de España», de Antonio Sánchez Martínez, editado con anterioridad en la misma revista (n.º 14, abril 2003). Las observaciones de su comentario aparecen también expuestas en «La intervención extranjera en la guerra civil: un ejercicio de crítica historiográfica», *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 50 (2003), pp. 199-232. Véase, de este mismo autor, *1936. Los mitos de la Guerra Civil*, Barcelona, Península, 2004.

18. Moa, Pío, «Revisionismo», en *Contra la mentira. Guerra civil, izquierda, nacionalista y jacobinismo*, Barcelona, Debolsillo, 2006 (primera edición en Madrid, Libroslibres, 2003), p. 17, artículo publicado originalmente en el periódico *Libertaddigital.com*, el 6 de marzo de 2003.

19. *Ibidem*, p. 18.

tentados siempre de manera polémica; es decir, Pío Moa no hace más que redivivir argumentos tras los que subyacen aquellos estereotipos sobre la distinción entre el «amigo» y el «enemigo» que imbuyeron el imaginario social en España durante más de cuarenta años tras el estallido de la guerra civil[20].

Acerca de la persistencia de tal visión de la historia de España en el proceso de transición de la dictadura a democracia, Vicenç Navarro apuntó el gran desequilibrio existente en la recuperación de la memoria histórica, escribiendo:

> «Mientras que las derechas han continuado promoviendo durante el período democrático su versión de la historia de España, las izquierdas han silenciado, hasta muy recientemente, su propia historia. Se ha hablado mucho en nuestro país sobre la existencia durante la transición de un pacto entre las derechas y las izquierdas para que no se mirase al pasado, causa de que la amnistía política se convierta también en amnesia política. Aunque no discrepo con elementos importantes de esta interpretación de la transición, estoy, sin embargo, en desacuerdo en que hubiera un silencio de su pasado por parte de las fuerzas conservadoras. Antes el contrario. Su versión de lo que fueron la República, la Guerra Civil, el franquismo y la transición ha sido la que ha dominado en nuestro país. La interpretación conservadora de nuestra historia –promovida durante los cuarenta años de dictadura– no fue cuestionada masiva y extensamente (a lo largo del territorio español y en todos los ámbitos educativos, incluyendo las escuelas) durante la democracia. De ahí que el silencio histórico de las izquierdas significó, en la práctica, la continuación y reproducción de tal versión conservadora de nuestra historia, lo cual ha sido facilitado por el gran dominio que las fuerzas conservadoras han tenido y continúan teniendo en los medios de información y persuasión de nuestro país, situación reforzada todavía más en los últimos siete años de gobiernos conservadores».

Vicenç Navarro opinaba que, frente a esta avalancha ideológica, las izquierdas están desideologizadas y desarmadas al haber confundido la necesaria modernización de su discurso con el abandono de su pasado, responsable de su desmemoria histórica[21].

---

20. Véase Moa, Pío, *Los crímenes de la guerra civil y otras polémicas*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2004 y, del mismo autor, *La quiebra de la historia progresista. En qué yerran y por qué yerran Beevor, Preston, Juliá, Viñas, Reig...*, Madrid, Encuentro, 2007. Hay que destacar la importancia del respaldo a sus argumentos por un «discurso autorizado», cual el del historiador académico; así sucedió con las opiniones expresadas por el historiador norteamericano Stanley G. Payne, «Mitos y tópicos de la Guerra Civil», *Revista de libros*, n.º 79-80 (julio-agosto 2003), pp. 3-5. Véase la respuesta de Santos Juliá, «Últimas noticias de la Guerra Civil», *Revista de libros*, n.º 81 (septiembre 2003), pp. 6-8; asimismo, Alberto Reig Tapia apuntilló al publicista Pío Moa, y replicó al historiador Stanley G. Payne, en el artículo «Ideología e Historia. *Quosque tandem*, Pío Moa?», *Sistema*, n.º 177 (2003), pp. 103-119 y, más ampliamente, *Anti-Moa*, Barcelona, Ediciones B, 2006. Hay que citar también Rodrigo, Javier, «Los mitos de la derecha historiográfica. Sobre la memoria de la guerra civil y el revisionismo a la española», *Historia del Presente*, n.º 3 (2004), pp. 185-195, así como Espinosa Maestre, Francisco, *El fenómeno revisionista o los fantasmas de la derecha española (Sobre la matanza de Badajoz y la lucha en torno a la interpretación del pasado*), Badajoz, Del Oeste Ediciones, 2005, escrito que ha sido reeditado, junto a otros trabajos suyos anteriores, en *Contra el olvido. Historia y memoria de la guerra civil*, Barcelona, Crítica, 2006.

21. «Ideología y política en España», *El País*, 24-II-2004.

De modo similar se ha apuntado la falta de reflejos de los historiadores, su relativo silencio desde que irrumpiera la literatura «revisionista», pues la actitud dominante ha sido ignorarla por considerar que está desprovista de valor científico, limitándose las pocas voces críticas a contraponer a sus perspectivas otras que consideran «objetivamente» probadas[22]. Sobre este punto, los profesores Pablo Sánchez León y Jesús Izquierdo Martín precisaban: «La contestación a tal literatura por parte de los historiadores no puede fundamentarse en una supuesta objetividad inherente a la profesión, atributo que no es consustancial al conocimiento histórico. También los estudios de historia concebidos bajo la represión franquista o el exilio, o durante la Transición y bajo la democracia, a cargo de españoles o hispanistas, son narraciones con el sesgo ideológico de sus autores, y vieron la luz tratando de seducir a públicos amplios y crear o consolidad consensos. A este nivel profundo, ambas están más cerca de lo que uno y otros reconocen», añadiendo que «lo cierto es que todas ellas comparten una epistemología que se caracteriza por presentarse como la versión objetiva y definitiva o por aspirar a producirla, cerrando así a la interpretación un episodio de nuestro pasado que se resiste a ello por apelar a sensibilidades e identidades cambiantes». Y, consecuentemente, opinaban que los ciudadanos deben reclamar a los historiadores que justifiquen su función social, lo que estaban lejos de venir haciendo, puesto que de poco sirve una ciencia social o histórica por mucha verdad objetiva que busque si no contribuye a mejorar el bienestar moral colectivo. Pablo Sánchez León y Jesús Izquierdo concluían que un comienzo en tal dirección sería ofrecer al público obras que, sin renunciar a conocer a quienes vivieron bajo la Segunda República, asuman la distancia moral y epistemológica que nos separan de ellos, pues: «Frente al empirismo rancio o al relativismo, la actividad del historiador encuentra su mejor contribución social en el compromiso con una dramática doble lealtad, hacia el presente, pero también hacia el pasado, señalando a cada paso nuestra tendencia a traducir los valores dominantes en el pasado a un lenguaje que, en buena medida, es sólo nuestro».

* * *

La controversia sobre la revisión de la historia reciente de España permite distinguir entre la «influencia social del pasado» y el «uso público de la historia». No obstante la profesionalización del oficio de historiador, el pasado continúa siendo un territorio en el que se ventilan luchas políticas e ideológicas, siendo el presente el que plantea las cuestiones y hace las conminaciones[23]. Sólo un

22. Sánchez León, Pablo e Izquierdo Martín, Jesús, «La guerra civil española: memoria, ideología y conocimiento», *Diagonal*, 24 de noviembre al 8 de diciembre de 2005, p. 39. Las ideas de este artículo son expuestas más ampliamente en Sánchez León, Pablo, «La objetividad como ortodoxia: los historiadores y el conocimiento de la guerra civil española», en Aróstegui, Julio y Godicheau, François (eds.), *op. cit.*, pp. 95-135. Véase, de ambos autores arriba citados, *La guerra que nos han contado: 1936 y nosotros*, Madrid, Alianza Editorial, 2006.

23. Chesneaux, Jean, *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores*, Madrid, Siglo XXI, 1977 (ed. or. en francés de 1976), p. 10 y 24.

adecuado equilibrio entre los polos de la proximidad comprensiva y la distancia crítica respecto al pasado puede atemperar la actitud más propia del historiador en el campo social en un sistema democrático: entonces, el trabajo del historiador está orientado sólo por la búsqueda no de la «verdad», sino del «bien», y la auténtica oposición no se da, por consiguiente, entre ciencia y política, sino entre una buena y una mala política. Se trata esencialmente no de la necesaria exigencia de recuperar el pasado, sino de cuál sea su uso[24].

Al respecto, Tzvetan Todorov insistió en que que, en la vida pública, el recuerdo del pasado no es en sí mismo su propia justificación, puesto que el uso adecuado de la memoria es el que sirve a una causa, no el que se limita a reproducir el pasado, sacralizándose la memoria[25]. Una causa que, en la democracia española, no es otra que la restitución moral de las víctimas y de los excluidos por el peso de la derrota y la represión, reconociéndose públicamente la pluralidad de memorias colectivas; se trata de esa otra transición simbólica pendiente en la sociedad española, y no sólo política y jurídico-administrativa. Un aspecto que ha de evidenciarse en el espacio público mediante la imbricación no sólo entre historia y memoria, sino de éstas con su rememoración pública para procurar un pertinente «uso cívico de la historia» en democracia.

24. Todorov, Tzvetan, *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2000 (ed. or. en francés de 1995. Una primera versión de este texto fue presentada en Bruselas, en noviembre de 1992, en el congreso «Historia y memoria de los crímenes y genocidios nazis», que organizó la fundación Auschwitz).
25. Todorov, Tzvetan, *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX*, Barcelona, Península, 2002 (ed. or. en francés de 2000), p. 208.